

**HOMENAJE POSTUMO A MI PADRE, EL DR. RODOLFO AGUSTÍN CERUTI,
MEDICO, BIBLIÓFILO, MUSICO, Y HUMANISTA
(30/12/1926 – 5/11/2023)**

**Dra. Constanza Ceruti
Académica Correspondiente**

Rodolfo Agustín Ceruti nació el 30 de Diciembre de 1926 en la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, al norte de la provincia de Buenos Aires. Hijo de Don Agustín Santiago Ceruti, gerente de un banco local, y de Doña Julia Elvira Loero, descendiente de una familia tradicional de la localidad italiana de Chiavari. Su abuelo, Francesco Ceruti, era pintor y su familia había llegado a la Argentina desde una pequeña comunidad lombarda en las inmediaciones de Milán. Rodolfo fue el mayor de dos hermanos, Jorge Ceruti, quien se dedicó en su vida adulta a la oftalmología y Myrtha Ceruti de Argayo, docente y poetisa.

Las notables capacidades intelectuales de Rodolfo se manifestaron desde edad temprana, con su inclinación a la lectura, hábito que desarrolló hasta el último día de su vida. Ya en su adolescencia, sus pequeños ahorros se volcaban diligentemente a la adquisición de obras impresas, recordando como una de las primeras compras, el volumen de Charles Darwin titulado “*Viaje de un Naturalista alrededor del Mundo*”, publicado por la librería El Ateneo de Buenos Aires en 1942. Para Rodolfo, personalidad introvertida que prefería pasar tiempo en su hogar, la lectura devino en su forma de “viajar por el mundo”.

El amor a la naturaleza que profesó desde niño estuvo nutrido por las horas transcurridas observando la fauna de las riberas del Paraná. En tiempos en que la conciencia ecológica aún no desembarcaba en nuestras costas, cultivó un respeto absoluto por la vida, en todas sus manifestaciones; transmitiendo a familiares y amigos la importancia de cuidar a reptiles, anfibios e insectos (que en aquellos tiempos eran combatidos como plagas). En su juventud llegó a obtener un diploma de la Asociación de Entomología Argentina.

Sobresalió en su desempeño como alumno del colegio secundario de San Nicolás, siendo también un afable compañero de curso, que participaba de reuniones de ex alumnos hasta más de medio siglo después de su graduación.

Otro gran amor de Rodolfo era la música; en particular la música clásica, que en su adultez acostumbraba escuchar todos los fines de semana, sentado en el living de su antiguo y señorial departamento en Buenos Aires. Era también algo fanático del tango, que bailaba con maestría cuando la ocasión lo demandaba; pero principalmente de las melancólicas letras, con las que se sentía identificado.

Incontables horas en la adolescencia de Rodolfo transcurrieron destinadas a aprender a tocar magistralmente el piano, siendo una de sus máximas aspiraciones juveniles llegar a ser concertista. Puesto que no tardaba en alcanzar los objetivos que se proponía, con tan solo 16 años llegó a tocar un importante

concierto en la ciudad de Rosario. Sin embargo, la añorada carrera de pianista quedó postergada ante la decisión de mudarse a Buenos Aires para estudiar medicina.

Rodolfo transcurrió su etapa de estudiante universitario viviendo en una residencia alemana, en la que la férrea disciplina cotidiana y la exigente limpieza de las instalaciones (que él valoraba especialmente) iban acompañadas de modestas porciones de comida -doce ravioles y ni uno más-. Sin embargo, pese a las restricciones, se graduó como médico con notas brillantes y en tiempo record. Obtuvo una excelente formación como cirujano y traumatólogo, junto a los principales discípulos del Maestro Finocchietto (como él lo llamaba, respetuosamente).

A mediados del siglo XX, con 23 años de edad, mi padre se desempeñaba como médico generalista residente en el sanatorio Charcot en San Isidro. Atendió más de doscientos partos y miles de pacientes enfermos y accidentados recuperaron su salud gracias a la dedicación y pericia que demostró desde el inicio de su práctica profesional. Con el escudo de la excelencia, logró conservar sus primeros puestos de trabajo sin afiliarse a ningún partido político, lo que constituía una rareza en aquellas épocas.

No tardó en destacarse también como neurocirujano, integrando uno de los primeros equipos argentinos dedicados a esta especialidad, en tiempos en que los médicos que realizaban intervenciones quirúrgicas eran también, a veces, quienes administraban la anestesia durante el procedimiento. Pero este promisorio camino profesional se vio injustamente trunco cuando Rodolfo decidió, de *motu proprio*, operar a un paciente en su lecho de muerte; desoyendo la indicación de un superior (que había caracterizado al anciano comatoso como “un caso perdido que no sobreviviría la noche”, a fin de no tener que enfrentar una cirugía por demás compleja, con pocas probabilidades de éxito). Rodolfo decidió realizar la operación aquella misma tarde, apenas se hubo ausentado su jefe. El “superior” regresó al hospital al día siguiente y encontró al anciano paciente desayunando, mientras conversaba animadamente con sus familiares. Ese fue el fin de la carrera de mi padre en el mundo de la neurocirugía.

La búsqueda permanente de la excelencia profesional y el criterio independiente de Rodolfo lo llevaron a explorar otras especialidades, obteniendo con calificación sobresaliente un Doctorado en Medicina en la Universidad de Buenos Aires, Casa de Altos Estudios en la que también realizó actividad docente. Se graduó además como Médico Sanitarista y realizó diversas contribuciones a la Salud Pública de nuestro país, que incluyeron actividades académicas en instituciones dedicadas al tema en los Estados Unidos.

En la segunda mitad de su vida profesional, Rodolfo Ceruti se destacó como Médico Psiquiatra, trabajando en los principales centros hospitalarios de Buenos Aires. Es recordado como Fundador y Director del Hospital Infanto-Juvenil Carolina Tobar García, el primer establecimiento de salud mental dedicado a la infancia y adolescencia en Latinoamérica.

Mi padre tenía una visión salomónica y una misión “salmónica”, que en más de un aspecto lo situaban a contracorriente de las prácticas profesionales habituales, convirtiéndolo en un verdadero adelantado para su época. Baste mencionarse que fue uno de los poquísimos psiquiatras argentinos que no adhirió a las corrientes psicoanalíticas prevalentes en nuestro país. Prefería profundizar en lecturas antropológicas, para poder comprender cabalmente las problemáticas angustiantes de personas de diversos estratos socio-culturales y religiosos. Su dedicación como terapeuta se traducían en largas horas que pasaba atendiendo gratuitamente a los pacientes que requerían acompañamiento.

Fue autor de publicaciones científicas, tanto en revistas médicas nacionales como internacionales, y participó en numerosos congresos, en calidad de expositor y organizador. En 1964 escribió un trabajo titulado: “*Algunos aspectos de la asistencia psiquiátrica en el país*”, manuscrito inédito custodiado en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, citado en compilaciones recientes dedicadas a la historia de la Psiquiatría en Argentina.

A los cuarenta y tantos años de edad, cuando todos los indicios apuntaban hacia una crónica soltería, Rodolfo conoció en un congreso médico a Elena Del Valle Martínez Allio, con quien se casó en 1972. La ceremonia religiosa convocó solamente a testigos y familiares directos y tuvo lugar en la Iglesia de Nuestra Señora del Pilar en Recoleta. Del sólido matrimonio de Rodolfo y Elena, que duró más de medio siglo, nacimos quien escribe y mi hermano, Agustín Santiago Manuel.

En los conflictivos años setenta se impidió arbitrariamente a mi padre conservar su puesto como Director del hospital que él mismo había fundado y que supo administrar de forma impecable. Las presiones para obligarlo a renunciar incluyeron agravios personales y amenazas a la integridad de su hija recién nacida. Para mantener a su familia, Rodolfo trabajó diligentemente en el Sanatorio de SEGBA y en el Hospital Naval Dr. Pedro Mallo, durante varias décadas. Formado también como Médico Legista, se dedicó a esta especialidad -compartida con su esposa- aún después de su jubilación.

Tras cuatro o cinco años residiendo en un pequeño departamento céntrico, a comienzos de la década del ochenta la familia se estableció en un antiguo pero amplio piso, situado a pocas cuadras de la Facultad de Medicina. Allí encontró Rodolfo el espacio propicio para dar rienda suelta a su vocación bibliófila. A lo largo de los años, la casa llegó a albergar miles de libros sobre medicina, política, religión, sociología, historia, geografía, ecología y biología. Rodolfo llamaba a su nutrida biblioteca “La Cerutiana”; se enorgullecía de haber leído todos sus ejemplares y presumía de conocer, de memoria, su ubicación en cada uno de los estantes. La biblioteca de mi padre es, al día de hoy, un reflejo material de la sed de conocimientos y el espíritu humanista de su creador.

La misa de los Domingos, a la que asistíamos en la vecina Iglesia del Salvador, era el primer paso en un pequeño ritual familiar que incluía, indefectiblemente, una cena en el pintoresco restaurante de pastas Pippo y una recorrida por las librerías de usados de la Avenida Corrientes, en busca de viejos

ejemplares que pudieran ser salvados del olvido, al ser prontamente incorporados a la Cerutiana.

Rodolfo era un políglota que leía con absoluta fluidez libros en francés, inglés e italiano; al punto que raramente recordaba en que idioma estaban escritos. En forma autodidacta aprendió francés en su juventud, estudiando obras de anatomía publicadas en esa lengua (que eran las que podía conseguir a más bajo costo). El inglés llegó a su vida gracias a aquel viaje de estudios que realizó a los Estados Unidos cuando se desempeñaba como experto en Salud Pública. A sus sesenta y tantos años, acompañaba a sus hijos a la Academia Dante Alighieri para aprender la lengua de los ancestros italianos. A los ochenta y tantos años, Rodolfo estudiaba la lengua Quechua con el profesor Aldo Teves, en cursos que la Universidad de Santiago del Estero dictaba en Buenos Aires. Su ejemplo y sus exhortaciones, movieron a su hija antropóloga a estudiar también la lengua de los Incas.

Culto y erudito, Rodolfo era consultado por familiares y colegas, que se beneficiaban ampliamente de sus sabios consejos en diversos campos. Sus conversaciones, aún de sobremesa, adquirían el carácter de clases magistrales, siendo algunas de las temáticas preferidas el Medioevo en Bizancio y la *Belle Epoque* austríaca.

La actitud seria y un tanto solemne que lo caracterizaba en la esfera pública era balanceada con la enorme afabilidad con la que, por ejemplo, se prestaba a inventar y contar ingeniosas historias infantiles. Agustín y yo nos criamos escuchando fábulas que incluían “ranitas que tomaban el té” y otros personajes animales -incluidos insectos- en amigables situaciones de comportamiento humano, que ayudaban a promover en nuestras mentes infantiles un temprano aprecio por la Naturaleza.

Pulcro, educado y sumamente sobrio al vestir; mi padre se negaba rotundamente a usar cualquier cosa que no fuera un traje, o un saco con corbata, para “ir al centro”, mucho menos si se trataba de un fin de semana o feriado.

Era un hombre generoso en todo sentido y sumamente caballero; jamás dejaba pasar oportunidad de dar el asiento en un transporte público, abrir la puerta a una dama o entregar una limosna. Mi madre recuerda con cariño las incontables veces que regresaba a casa del hospital trayendo un ramo de flores para ella. En sus últimos años colaboró con la Fundación Obligado, orientada al bienestar y la rehabilitación de los niños y jóvenes con parálisis cerebral.

Además de los innumerables gestos cotidianos, Rodolfo vivió siempre muy rectamente, de acuerdo una filosofía personal enraizada en valores morales sólidos y en un aprecio sincero a sus semejantes, de cualquier condición social, filiación política o corriente de pensamiento. Supo transmitirnos los necesarios “anticuerpos” contra el utilitarismo y el oportunismo que predominan en las ideologías de los tiempos actuales, y que tan grave daño ocasionan a nuestra sociedad, y a la humanidad en su conjunto.

Era también un librepensador, que aunque no llegaba a comprender empíricamente la fascinación de su hija por las montañas, bendecía mis andanzas científicas y andinísticas, en tiempos en que el las mujeres fuertes e independientes no éramos aceptadas tan abiertamente en el medio social.

En su último viaje fuera de Buenos Aires, mi padre conoció en el Museo de Arqueología de Alta Montaña de Salta a los niños del Llullaillaco, que vendrían a ser, de algún modo, sus “nietos con alas”. Los numerosos “nietos con hojas” escritos por su hija, siempre tuvieron un lugar de privilegio en los estantes de la Cerutiana.

Rodolfo supo sobrellevar durante varios años una grave enfermedad oncológica, con los abnegados cuidados de mi madre. En su larga vida vio partir a sus dos hermanos y a casi todos sus colegas y amigos; por lo que bromeaba llamándose a sí mismo “el supérstite”. Falleció a los 96 años, acompañado de su mujer y su hija, en el mismo hospital donde trabajó como médico durante tantos años. Su hijo, Agustín, y algunos allegados lo despedimos también en el Parque Memorial en Pilar, donde sus restos descansan actualmente.

Rodolfo Ceruti sobresalió por su destacada trayectoria profesional en tantos ámbitos de la medicina; pero principalmente por sus cualidades humanas y su devoción a la familia. El legado de su vida, ejemplar en tantos sentidos, permanece con nosotros y nos anima a seguir viviendo con rectitud, honestidad, respeto y agradecimiento.